
EL PENSAMIENTO DEL 98, CIEN AÑOS DESPUÉS

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. José Luis Pinillos Díaz

Por mi propia iniciativa creo que jamás me hubiese atrevido a hablar del pensamiento del 98 en esta casa, donde hay personas mucho más calificadas que yo para tratar del asunto. Pero nuestro Presidente ha tenido la deferencia de invitarme a participar en este ciclo sobre el 98 y, naturalmente, trataré de hacerlo lo mejor que pueda.

No soy, ya lo saben, un especialista en la cuestión, pero tampoco el interés por el 98 me ha sobrevenido de pronto, con ocasión de su Centenario. Desde niño, fueron muchas las veces que oí hablar en mi casa de la guerra de Cuba. Mi madre me contó, por ejemplo, cómo cuando su padre —que ya antes de ir a Cuba había dado la vuelta al mundo en el *Nautilus*, con Villamil— volvió repatriado a la Base Naval de Ferrol, venía en tal estado que ella, que entonces era una niña, al verle se asustó y echó a correr.

A mi abuela paterna, que era de una familia vasca de marinos de guerra, los Ozámiz, la oí contar también cómo un primo suyo, que se hundió en Santiago, pero salvó la vida, al regresar a España rompió su espada en protesta por la miserable actuación que el Gobierno había tenido en todo aquel asunto. De la voladura del *Maine* y de otros acontecimientos de aquella época también le oí hablar a un tío mío que fue Almirante de la Armada, y a otro pariente que fue Comandante de Marina de Bilbao. En definitiva, recuerdos fami-

* Sesión del día 19 de mayo de 1998.

liares del *Desastre* no me faltan, y debo confesar ya desde ahora que han influido en la visión crítica que todavía hoy tengo de lo que aconteció en aquel entonces.

Ya en la Universidad, mi encuentro con los escritores del 98 se produjo en 1944, hace más de medio siglo, en la Universidad de Zaragoza de la mano de quien fue mi maestro y amigo, Francisco Ynduráin. Aquel año, Ynduráin dedicó una parte considerable de su curso de literatura española precisamente a ofrecer una visión crítica de la generación del 98, en la medida en que ello era posible en la Universidad de aquellos años. El curso me entusiasmó y leí con avidez cuanto cayó en mis manos de Unamuno, de Maeztu, Azorín, Machado Valle-Inclán, Blasco Ibáñez, Ganivet, Benavente, Manuel Bueno, de quien también más de una vez me habló mi padre y, naturalmente, de Don Pío Baroja, al que poco después tuve ocasión de tratar personalmente.

En 1948, a poco de terminar mi Licenciatura de Filosofía y Letras, se cumplía el cincuentenario del 98, y la Revista *Arbor* me encomendó la embajada de ir a casa de Baroja a pedirle un artículo sobre la generación del 98. Don Pío me recibió muy amable, pero no sólo se negó a escribir el artículo, sino a aceptar la existencia de una generación que, a su juicio, era un invento de Azorín. Al final, Don Pío me dijo que yo le parecía un poco fascista, pero me invitó a ir a unas reuniones que hacía en su piso de Ruiz de Alarcón a última hora de la mañana —que era cuando él dejaba de escribir— y efectivamente allí acudí durante algún tiempo. En aquella tertulia matutina de Don Pío tuve ocasión de escuchar repetidamente sus críticas a la generación del 98, y hoy es el día en que sigo pensando que había en ellas una porción importante de verdad. También nos hablaba de sus teorías sobre la novela y de otras cuestiones que no hacen ahora al caso. Pero lo que importa es que, estimulado por aquellas conversaciones con Don Pío, terminé por leer algunos estudios acerca de la generación de 98, como los libros de Jescke y de Laín, y un trabajo de Fernández Almagro que me ayudó a situar el problema en unas coordenadas históricas bastante razonables.

Luego, en 1949 me fui a estudiar psicología a Alemania y a Inglaterra y, a mi vuelta a España, ya corrido el año 53, la práctica de la profesión y las urgencias de la vida me ocuparon de tal modo que el problema del 98 quedó relegado, como muchos otros, a un segundo plano. De todos modos, para entonces yo me había hecho ya una cierta composición de lugar acerca de la España del *Desastre*, y tenía un cierto conocimiento acerca de la generación del 98. Era una imagen, mezcla de admiración y de reservas, que probablemente ha influido en la que me he formado en estos últimos años.

En cualquier caso, la verdad es que del 98 no volví a ocuparme hasta que en 1995, el Colegio Libre de Eméritos decidió desarrollar un ciclo de conferencias, preparatorio del Centenario del Desastre. De hecho, en 1996 el Colegio inició un ciclo de tres años de duración, titulado «El 98, recuerdo y lección», en el cual me decidí a intervenir. Con ese motivo, refresqué mis lecturas de juventud, pero sobre todo hube de ponerme un poco al día en la historiografía reciente sobre el tema.

En definitiva, y para concluir este preámbulo, es obvio que el trabajo que hoy me permito someter a la consideración de ustedes no es una investigación apoyada en un aparato crítico riguroso, pero tampoco es un ensayo a bote pronto para salir del paso. Es un juicio personal, subjetivo desde luego, pero no infundado, acerca del valor que el pensamiento del 98 posee cien años después de su formulación.

Por lo pronto, y para ir centrando el tema, les anticipó desde ahora que si por pensamiento de una generación se entiende el conjunto de ideas y convicciones renovadoras que comparten y expresan sus miembros respecto del arte, de la política o de otras esferas importantes de la cultura, entonces, en el caso de la generación del 98, tanto la noción de pensamiento como el concepto de generación es menester tomarlos no digo que *cum grano salis*, pues el asunto es serio, pero sí con ciertas reservas. En cambio, si la idea de generación del 98 se entiende en sentido débil, como una idea regulativa, o sea, como una fórmula útil para entendernos, para poder hablar de unos escritores notables, que tuvieron ciertas cosas en común y otras no tanto, pero que en cualquier caso han dejado su huella en la cultura española, entonces no veo razón para oponerme a su uso. Por ejemplo, Pedro Laín ha defendido, como se sabe, el uso del término «generación» para referirse a una especie de *Weltbild* literario, estético y político, pero también es cierto que matiza y modera el concepto de generación con numerosas y meditadas precisiones.

Ahora bien, hasta hace dos o tres decenios la generación del 98 atrajo demasiado la atención de los estudiosos del *Desastre*, es decir, llegó a constituir un poco el centro, vino a ser el exponente máximo de la cultura finisecular española. En efecto, a principios del siglo XX, influido por un artículo de Gabriel Maura, José Martínez Ruiz (más tarde *Azorín*) y posteriormente otros autores y críticos de la época consideraron que algunos escritores jóvenes, llegados a Madrid desde la periferia a finales del siglo pasado, mostraban un ímpetu renovador literario, estético y político que daba pie para hablar de una generación.

Inicialmente, el germen de esta generación imaginada por Martínez Ruiz en 1900 fue el grupo de los tres (Martínez Ruiz, Baroja y Maeztu) que se

disolvió muy pronto, pero al que, sin embargo, su fundador elevó a no tardar al rango de generación, bien que de una generación que todavía llamó de 1896. Al cabo de algún tiempo, no mucho, Martínez Ruiz comenzó a hablar ya de una generación del 98 — el grupo de los tres, con la adición de Valle-Inclán, Unamuno y Benavente —, cuyo epicentro intelectual y político se hallaba en la España del *Desastre*, en la España de 1898. A estos escritores les preocupaba y dolía la postración de España, culpaban de ella a la Restauración, mostraban tendencias políticas radicales, anarquizantes o socialistas, y no eran asimilables, esto es, reductibles a otras corrientes y grupos reformadores más o menos afines al suyo como el regeneracionismo, el modernismo o la Institución Libre de Enseñanza.

El asunto fue a más, y en 1934, haciendo uso de las ideas de Petersen sobre las generaciones, Hans Jeschke publicó un influyente libro, *Die Generation von 1898 im Spanien*, que al cabo de unos años, en 1945, fue seguido de otro de Pedro Laín, *La generación del 98*, que tuvo un eco grande entre nosotros. Poco después, trabajos como los de Díaz Plaja y Pedro Salinas sobre el mismo tema, aunque críticos de la tesis de Laín, contribuyeron a hacer de la teoría de la generación del 98 un hecho social: tal vez por que la gente supone que detrás de un nombre hay siempre algo real.

Ahora bien, al llegar a este punto debo insistir en que si la idea de generación del 98 se utiliza en su acepción fuerte, entonces desempeña una función constitutiva o, lo que viene a ser igual, sirve para reforzar la coherencia generacional de los escritores del 98. O lo que es lo mismo, cumple una función ideológica, legitima quizás una interpretación de la historia de España, acaso una política, una concepción del mundo. De ahí que para evitar esa tentación haya historiadores que, como Luis Sánchez Granjel, en lugar de hablar de «generación del 98» prefieran utilizar la expresión menos pretenciosa de «grupo del 98».

No una prueba, desde luego, pero sí un indicio de que el concepto de generación del 98 resulta problemático es que, hasta ahora, empezando por el propio Azorín, no se ha logrado llegar a un acuerdo sobre la nómina de los escritores que componen esa generación. Como ya adelantamos, en 1900, Martínez Ruiz habla del «grupo de los tres»: él mismo, Baroja y Maeztu (un grupo que, por cierto, se disuelve en seguida). En 1910, ateniéndose a un artículo que Maura había publicado dos años antes, Azorín se refiere a un grupo generacional, en el que junto a él mismo aparecen Valle-Inclán, Benavente, Baroja, Unamuno y Maeztu; sólo que al grupo lo designa ya con el rótulo de «generación de 1896»: una generación de la cual habrían sido sucesores Antonio Machado, Villaespesa y Enrique de Mesa. Tres años más tarde, en 1913, Azorín vuelve a la carga y relanza

la idea de la generación del 98, sólo que añadiendo a la lista anterior los nombres de Manuel Bueno y de Rubén Darío. Finalmente (cuarto bautizo), tres lustros después ofrece una nueva lista en la que sugiere la inclusión de Menéndez Pidal y, como telón de fondo, ocupan lugares secundarios hombres como Salaverría, Santos Oliver, Cijes Aparicio y algunos otros personajes del mismo rango. Hasta que finalmente, y esto es lo decisivo, Azorín llega a reconocer que «eso de la generación del 98» no acaba de gustarle.

La cuestión se complica todavía más, no ya porque a confesión de parte haya poco que añadir, sino porque hay críticos literarios como Díaz Plaja que distinguen subgrupos dentro de la generación del 98, esto es, cuestionan su unidad, mientras otros como Ricardo Gullón niegan de plano su existencia. En suma, y para no repetir una historia que nuestro compañero de Academia Gonzalo Fernández de la Mora ha contado cumplidamente en su libro *Ortega y el 98*, nos guste o no, lo cierto es que las variantes introducidas por Azorín, Baroja, Entrambasaguas, Díaz Plaja, Fernández Almagro, Fernández de la Mora, Gómez de la Serna, Ricardo Gullón, Jeschke, Laín Entralgo, Maeztu, Salinas, Sánchez Granjel o Valbuena son suficientemente heterogéneas como para sospechar que hay algo que no funciona bien en este asunto.

Y en efecto, si a las dificultades para trazar un límite fiable al perímetro de esa generación se añade que buenos conocedores del problema —Gullón, Granjel, Julio Rey Pastor— forman en las filas de los que no admiten su existencia, y si además figuras tan centrales de la misma como Baroja, Maeztu o Valle-Inclán tampoco la aceptan, y si personajes como Unamuno o Benavente han dejado entrever alguna vez su escepticismo respecto de la generación a que supuestamente pertenecen y, más aún, si hasta al propio Azorín, como recordábamos hace un momento, no acababa de gustarle «eso de la generación del 98», pero aceptaba la denominación como recurso de «comodidad», entonces me parece lógico que se intente dar razón de tanta discrepancia, que se busque una explicación rigurosa que no sea sólo la consabida referencia al individualismo español.

Si tenemos en cuenta el uso ideológico a que se presta una visión discontinuista de la historia planteada en términos generacionales, creo que cobra sentido una llamada a la prudencia en el uso de un constructo como el de la generación del 98 que, a fin de cuentas, desembocó en lo que Gerardo Diego llamó «el lío de las generaciones». A mi juicio, tantos desacuerdos y contradicciones sugieren que, en este caso, el concepto de generación se ha llevado algo más allá de lo que permite su estructura, por motivos tal vez patrióticos, pero que la investigación histórica tiene el deber de investigar.

Pues bien, para aclarar este asunto resulta muy conveniente conceder más importancia de la que se le ha dado al hecho de que la práctica totalidad de los escritores de la generación del 98 pasaron al principio por una etapa de bohemia y de dificultades económicas, en la que se identificaron con unas ideas políticas radicales que luego, salvo escasas excepciones, cambiaron por otras más compatibles con su incorporación al poder establecido. Aclarar este asunto tiene más importancia de la que parece. No creo, vaya por caso, que fuera por azar o por falta de nivel intelectual por lo que Unamuno perdió al principio tantas oposiciones a cátedra. Ni fueron uno ni dos los escritores del 98 que abandonaron su radicalismo de juventud y, en virtud de su indudable talento, se situaron —¿se recluyeron?— en un mundo literario de alta calidad idiomática y estética, donde el ser y el doler de la patria no chocaban directamente con los problemas del diario vivir. En suma, no parece que fuese por azar por lo que los hombres del 98 se separaron generalmente al poco tiempo de unirse (cuando lo hicieron), y por lo que cada uno de ellos tuvo una trayectoria vital *sui generis*.

Por supuesto, no estoy nada seguro, aunque a veces lo sospecho, de que la intra-historia de Unamuno, o la España inmóvil que describe Azorín deban incluirse en el ámbito esteticista al que me he referido antes. Pero tampoco sería sincero si no confesara que, con contadas excepciones —Maeztu, Valle-Inclán, Unamuno— los escritores del 98 propendieron a evadirse de la historia. No es un asunto éste para dejarlo de lado, hay que profundizar en él. Y la prueba es que, desde hace algún tiempo, este tema está recibiendo la atención que merece en la historiografía del 98. Pienso en autores como Carlos Blanco Aguinaga, cuyo notable estudio sobre la juventud del 98 apareció, en su primera edición, hace ya casi treinta años, en 1970¹ y, desde luego, en el oportuno libro que José Luis Calvo ha dedicado recientemente a desvelar *La cara oculta del 98*². En él se encuentra uno a esos jóvenes del 98 en pleno sarampión de inconformismo, contempla sus ambiciones sociales y deseos de triunfo, y comprueba el egotismo que les volvió de espaldas al drama de su patria: un drama al que, no obstante, sus nombres y su gloria literaria han quedado definitivamente unidos.

En estas investigaciones, y en otras de parecido talante, se proponen también hipótesis para dar razón de fenómenos como la carencia de un discurso unificado que padece la generación del 98, la ausencia de una comunidad de destino de sus miembros y las profundas diferencias que los separan en la manera de concebir España.

¹ Carlos Blanco Aguinaga: *Juventud del 98*. Madrid, Taurus, 1998.

² José Luis Calvo Carilla; *La cara oculta del 98*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1998.

No obstante, con plena conciencia de las dificultades que aquejan a todo planteamiento de este tipo, Laín ve compuesta la generación de 98 por unos hombres (Unamuno, Ganivet, Azorín, Baroja, Antonio y Manuel Machado, Maeztu, Valle-Inclán, Benavente, Manuel Bueno, Zuloaga y junto a ellos, parecido en algo, distinto en no poco, Menéndez Pidal) con los que España tienen una triple deuda —idiomática, estética y española—, que luego justifica cumplidamente al hablar de figuras tan significativas como Unamuno, Azorín, Baroja, Antonio Machado y Valle-Inclán, los cinco escritores que le parecen más representativos del 98.

La deuda idiomática con estos hombres, aunque no igual en todos los casos, a juicio de Laín es indiscutible. Una de las características que no se le regatea a la generación del 98 es, con algunas salvedades, la calidad de su obra literaria. Por lo que a mí respecta, comparto esta postura. Es más, entiendo que al elevar el nivel de nuestra lengua, la calidad lingüística de los escritores del 98 ha facilitado el desarrollo del pensamiento español contemporáneo. Entre Sanz del Río y Ortega media la brillante aportación idiomática del 98.

La deuda estética de los españoles, aun cuando tampoco de la misma entidad en todos los casos, es asimismo real. El descubrimiento o invención del paisaje español por Azorín, Machado o Unamuno no tienen par, creo yo, en la literatura anterior y ha enriquecido a todas luces la sensibilidad literaria de los españoles. La forma en que los hombres del 98 han dado vida a las llanuras de Castilla o han pintado con palabras la belleza de sus montañas ha puesto en nuestra piel de toro una delicadeza que no tenía: una íntima ternura que, por cierto, suele negarse en cambio a las gentes que pueblan esas tierras. Hay, por supuesto, en estos escritores páginas que describen el dolor y la miseria del pueblo, o el drama de los soldados que sufren o mueren en la guerra. Pero el *leitmotiv* de su aportación estética es, a la postre un estado de ánimo que se funde con las tierras española en forma de paisaje. Sí. España tiene una deuda estética con esos escritores, pero también debemos preguntarnos por qué su sensibilidad para el paisaje no se proyecta de igual modo sobre el paisanaje que lo habita.

Finalmente, la tercera característica que los españoles debemos al 98 es, según Laín, una íntima y dolorosa preocupación por España, una honda tristeza por la postración en que encuentran hundida su patria. De ella manan el rechazo, la hostilidad, el talante pesimista, la acerva crítica frente a la situación que consideran responsable de la caída de España, quizá la abulia y la depresión. Pero a la postre también de ahí brota la ilusión de devolver a España su verdadera identidad, también de esa dolorosa experiencia nace el deseo de desvelar su ser, de averiguar cómo la patria pueda ponerse a la altura de los tiempos a través de la propia tradición, pero sin quedarse retenida en ella.

De algún modo, esta triple deuda responde, según Laín, a la calidad de lo aportado por los escritores del 98. Si bien, al hacer las cuentas de la fama, y esto es de suma importancia, Laín establece en el epílogo de *La generación del 98* una distinción de suma importancia, que es preciso tener muy presente a la hora de valorar el pensamiento de esa generación. Soñadores han sido, nos dice Laín, los hombres del 98. Pero ¿sólo soñadores? No. También debe haber en su vida algo que no sea sueño. Y en sus ensueños, añade Laín, hay en efecto dos parcelas complejamente relacionadas entre sí: la poblada por sus ensueños literarios, y la que componen sus ensueños españoles.

Obligado por exigencias de método y de tiempo, dice Laín que ha ceñido su esfuerzo a la tarea de mostrar el «parecido generacional» que existe en la vertiente española de todos los personales ensueños de los escritores del 98:

Quede para otros —añade— la faena restante, mas gustosa tal vez que la mía... (Yo) he estudiado con algún pormenor el ensueño español de los literatos del 98. Dejo sin estudiar el problema de su conducta y, por tanto, la peculiaridad generacional y singular de lo que no es sueño en la vida de todos ellos. Hágalo otro, si a ello se decide... Yo me conformo con señalar el problema y con muy poco más.

Pues bien, en la historiografía reciente hay quienes han dado ese importante paso que señala el profesor Laín, incluyendo en sus investigaciones la conducta de los escritores del 98. Yo también considero indispensable que los historiadores y la crítica se interesen activamente no sólo por la belleza de los ensueños de esos hombres, no sólo por la altura de sus reflexiones sobre la esencia de España y por sus doloridas vivencias en torno a las adversidades de la patria, sino asimismo por la capacidad real y efectiva de su pensamiento para hacer frente a los problemas reales de nuestro tiempo.

En el ensayo que Unamuno publicó en 1895 *Sobre el marasmo actual de España*, valga el ejemplo, había agudas observaciones acerca de la honda crisis que atravesaban entonces la sociedad española. Denunciaba don Miguel vicios nacionales que, por desgracia, aún persisten en nuestros días. El individualismo fácil, junto a una penuria de valor cívico y libertad interior, era uno de ellos. Pero incluso en estos casos, cuando algún vicio perdura, el problema no es ya el mismo, entre otras razones porque la situación en que se inscribe el problema no es ya el mismo. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con problemas como el del separatismo vasco, al que evidentemente Unamuno, Maeztu o Baroja dedicaron su atención. Excepto que es tanto lo que ha llovido desde entonces que la cuestión no es ya la misma. Hay problemas que perduran, como el del se-

paratismo vasco, pero ya no se plantean igual que hace cien años. Y no es extraño que así sea, porque de la generación del 98 nos separan no sólo cien años: nos separan, en realidad, dos siglos.

Los años de nuestro tiempo corren más que los de antes. Como ha señalado Eric Hobsbawm en su *Historia del siglo XX*³, o John Lukacs en *El final del siglo XX*⁴, este siglo no ha llegado a centenario; ha sido, además de tremendo, un siglo corto. Según Hobsbawm, nació con la Revolución Rusa, en 1917 y expiró en 1991 con el fin de la guerra fría y la supresión de los acuerdo de Yalta. Según Lukacs, comenzó en 1914 y falleció en 1989, cuando cayó el muro de Berlín: es decir, en ambos casos nuestro siglo pereció más o menos a los 75 años. Ahora bien, si esta teoría de la aceleración de la historia y del acortamiento del tiempo tienen algo de cierta, la consecuencia para nuestros asunto es obvia. Ello significa que, aunque cronológicamente el tiempo que nos separa a los españoles de hoy de los del Desastre sea de 100 años, históricamente hablando es de dos siglos.

Una centuria, *a century*, es un período de 100 años. Un siglo, sin embargo, en cuanto unidad histórica para estimar la duración de un período, no ha de tener necesariamente 100 años. Los siglos no siempre se atienen a una cronología exacta; su comienzo y su final no coinciden necesariamente con los 100 años de nuestro calendario: unas veces se quedan cortos, otras se pasan. Tan es así que a veces un siglo se designa por su apelativo —por ejemplo, el siglo de las Luces— dando a entender con ello que su duración es coextensiva con la de un determinado estilo de vida, en este caso, el de la Ilustración, y no estrictamente con la unidad de los 100 años.

Fue en mayo de 1686 (siglo XVII), cuando Isaac Newton firmó el prólogo de sus *Philosophiae naturalis Principia mathematica*, obra suprema de la ciencia de la Ilustración. La famosa «querrela de antiguos y modernos», en la que Perrault rompe con el clasicismo y antepone el siglo de Luis XIV nada menos que al siglo de Augusto, se inicia en la Academia Francesa una tarde de enero del mismo año en que se ve la luz —nunca mejor dicho— la obra de Newton, esto es, en 1687. Y un año después, en 1688 triunfa la «gloriosa», la incruenta revolución inglesa con la que regresa del exilio John Locke, uno de los pioneros de la *Enlightenment* británica. O sea, la Ilustración está en marcha antes del siglo XVIII y

³ Eric Hobsbawm: *Age of Extremes: The Short Twentieth Century 1914-1991*. Londres, Michael Joseph, 1944.

⁴ John Lukacs: *The End of the Twentieth Century and the End of the Modern Age*. Ticknor & Fiedls, Nueva York, 1933.

no termina del todo con la revolución francesa, como suele decirse, sino con la derrota de Napoleón en 1815.

El siglo XIX dura más o menos cien años, pero no comienza exactamente en 1800, ni finaliza en 1900. Entra en escena hacia 1815, con la derrota de Napoleón, y acaba a mano airada en el verano de 1914, cuando estalla la I Guerra Mundial. Es entonces, no antes, cuando comienza el siglo XX, más breve que el anterior, pues termina en 1989, con la caída del muro de Berlín y el fin de la guerra fría. La aceleración histórica que ha experimentado este siglo a consecuencia de sus dos Guerras Mundiales y de la revolución tecnológica que las ha acompañado, ha sido la causa de que, antes de agotar el plazo de los cien años, nuestro siglo haya dado paso a nueva época, sobre cuyo nombre todavía no nos hemos puesto de acuerdo.

Por descontado, el final de un siglo nunca es absoluto. El siglo XX aún perdura; sus luces, y sus sombras, naturalmente siguen proyectándose sobre la sociedad actual: pero van de retirada. Cronológicamente, el siglo XXI no comenzará hasta el último día del año 2000, pero como realidad histórica está ya en marcha. Lo aceptemos o no, navegamos por aguas de una época nueva o, mejor dicho, avanzamos entre las aguas revueltas de un tiempo que se va y otro que llega. Hemos cruzado ya los umbrales del siglo XXI y, por tanto, será preciso averiguar en qué medida el pensamiento del 98 cuenta con los recursos necesarios para hacer frente a los problemas de nuestro tiempo, para orientar al país en un mundo tan distinto del de aquel entonces. Pesimismo no, pero triunfalismo tampoco.

Con estas observaciones, en modo alguno pretendo sugerir que los ensueños españoles de hombres como Gavinet, Unamuno, Antonio Machado, Azorín o Ramiro de Maeztu sean ociosos y deban darse definitivamente por pasados. No es eso. Creo firmemente que a todo español le convendría leer con atención las hermosas páginas que esos hombres escribieron sobre nuestra patria; desearía asimismo que pudiera vibrar con ellas y que todo eso sirviera para poner en forma a nuestro país. Todo eso lo deseo de corazón. Excepto que si de lo que se trata es de enjuiciar el valor del pensamiento de aquellos escritores para hacer frente a nuestra situación —y este es el propósito del presente artículo—, entonces lo que procede es, a mi juicio, reconsiderar sus propuestas, referirlas a la actualidad, evaluarlas críticamente a la vista de los problemas de nuestro tiempo y no aceptarlas sin más, en función de un triunfalismo fuera de lugar. La España de aquel 98 y la de hoy son ya demasiado diferentes como para querer medirlas con el mismo patrón.

Tratemos de aclarar, pues, hasta dónde las ideas, las convicciones y las actitudes de los hombres del 98 nos valen para resolver los problemas del

mundo en que vivimos. Preguntémonos también si el pensamiento de la generación del 98 representaba de verdad el pensamiento español de fin de siglo, y veamos asimismo si lo que aconteció entonces era un fenómeno exclusivo de nuestro *fin-de-siècle*, o formaba parte de la crisis que afectó a Occidente en torno a 1900 y con él, a la postre, al mundo entero. Son muchos, demasiados para mi escaso saber, los factores a considerar en este asunto, pero intentaré presentar algunos que me parecen significativos.

Por lo pronto, responder de forma inequívoca a todas estas cuestiones tropieza con una dificultad de fondo, ya que uno de los rasgos que tienen más en común los autores del 98 es, como se sabe, que van por libre. En otras palabras, el pensamiento de estos escritores carece de un discurso unificado que permita llegar a conclusiones generales. No ya el pensamiento, sino el propio estilo y calidad literaria de los miembros del grupo es heterogéneo. Entre Azorín y Baroja, entre Antonio Machado y Ramiro de Maeztu, entre Valle-Inclán y Gaviñet las diferencias de sensibilidad, de estilo, de orientación política y de visión del mundo son notorias. En la generación del 98 son de tal bulto las diferencias que, paradójicamente, lo que tienen de común se encuentra a veces mejor teniendo en cuenta lo que omiten que lo que manifiestan.

Por descontado, era natural que tras el tremendo shock del *Desastre* los escritores del 98 se preguntaran por la realidad de España, intentaran averiguar a qué había quedado reducida su condición. Inglaterra seguía siendo el Imperio y la *Home Fleet*, o sea, el dominio de los mares. Francia era la patria de la Revolución, de la libertad y la igualdad de los pueblos. Alemania era una gran potencia que representaba la ciencia, la técnica y la investigación. Estados Unidos surgía como un gigante de la industria y el comercio, pero ¿y España? La España eterna yacía en el fondo del mar, el león español no había logrado detener la afrenta. ¿En qué había quedado reducido aquel Imperio donde no se ponía nunca el sol? ¿Podía España seguir viéndose a sí misma como martillo de Trento y espanto de herejes? Evidentemente, no. El descalabro del país obligaba a los escritores del 98 a buscar, a imaginar, tal vez a soñar en qué podía consistir el verdadero ser de España. La regeneración del país no podía llevarse a cabo sin tener una idea de cual era su verdadera esencia. Y a ese sueño dedicaron, es cierto, páginas de incomparable belleza.

De otra parte, la verdad es que, sin embargo, ninguno de ellos dio un paso al frente para empuñar las armas en defensa de la dolorida patria. Maeztu llegó hasta las islas Baleares, pero fue el único, y no pasó de allí. En este punto, los soñadores del 98 no se diferenciaron mucho de la burguesía que tan duramente criticaron en su juventud. Este no hacer, este abstenerse de incorpo-

rarse a filas, fue paradójicamente uno de los puntos que más unánimemente tuvieron en común los hombres de la generación del 98.

Ahora bien, puestos ya a calibrar la actualidad de su pensamiento, quizá resulte útil caer en la cuenta de que en la nómina de escritores de la generación del 98 no aparece, que yo sepa, una sola mujer. Se me podrá aducir como excusa que si en aquel tiempo las mujeres no frecuentaban las tertulias, que si esto o que si lo otro. Lo que ocurre es que, bastante antes, mujeres como Rosalía de Castro o como Concepción Arenal habían dejado su huella en la poesía española y en las ciencias sociales. Sin embargo, en la generación del 98 las mujeres escritoras brillaron por su ausencia. ¿Por qué? ¿Sería acaso porque el punto de vista femenino sobre la España del Desastre era diferente del de «los hombres del 98», que es como a menudo se llama, y con fundamento, a los miembros de esa generación?

No lo sé, y tampoco estoy seguro de que sea pertinente, pero voy a hacerlo, recordar la actitud que, en aquel entonces, tenían las madres españolas ante un Gobierno que mandaba a sus hijos, no a todos, a la guerra. Cuando el Conde de Romanones fue Alcalde de Madrid por segunda vez, en 1898, debía acudir a la estación para despedir a las tropas que iban a Cuba. Las escenas eran al parecer «desgarradoras e imborrables». Era, nos dice, como «una ola de amargura sin un rayo de esperanza ni un dejo de entusiasmo: era la despedida de cuantos iban a morir allí por una causa no sentida». Y habría que añadir, por carecer de las 1.500 pesetas que costaba librarse de la leva. Defender el honor de España con la sangre de estas pobres gentes no parece que fuera muy honorable.

No es que yo, entiéndaseme, haga un reproche a la generación del 98 por haberse apartado del naturalismo anterior y haber escrito bellas páginas sobre la estética del paisaje patrio. Simplemente advierto que las mujeres no formaron parte de esa generación, y me pregunto también si, de haber tenido ocasión, esas mujeres se habrían identificado más con la lírica del paisaje castellano que con la dramática y noble «*Oda a Espanya*» de Joan Maragall:

Escucha, España, la voz de un hijo que te habla en lengua no castellana. Yo voy a hablarte de otra manera. ¿Por qué vertiste la sangre inútil? La sangre es vida si está en las venas, para los de hoy, para los que vengan; vertida es muerte. Pensaste siempre sólo en tu honor y no pensaste nunca en tu vida. Tus hijos, trágica, diste a la muerte.

Esta oda a España es más elocuente que cuanto pudiera decir yo. Contrasta, por ejemplo, con el radical modo de afrontar el separatismo que tiene

Baroja en *Momentum catastrophicum*. Pero otros no son tan conciliadores como Maragall. El 7 de julio de 1898, Menéndez Pelayo, que acaba de ser nombrado Director de la Biblioteca Nacional, se destapa diciendo que la forma del entendimiento humano en estado de salud es la intolerancia. A la postre, concluye: España es martillo de herejes... esa es nuestra grandeza y nuestra unidad, no tenemos otra. Y Maeztu acabará llamándole, con notoria injusticia de la que luego se arrepentirá, triste coleccionador de naderías muertas. Es entonces cuando los catalanistas de *La Renaissença* se preguntan si es posible seguir por más tiempo esta política castellana y, finalmente, el 20 de noviembre, se lanza la propuesta catalanista:

España ha llegado a esta profunda crisis porque se ignora a sí misma, y no habrá para ella regeneración posible, en tanto que no tenga de sí misma perfecto conocimiento. Ha de comprender que su orgullo es infundado.

No quiero desorbitar las cosas, y prefiero pasar página y llamar la atención sobre otra de las limitaciones que, cara al público actual, puede presentar la ausencia de una auténtica literatura del *Desastre* en la generación del 98. Carlos Serrano, en un importante libro colectivo coordinado por Juan Pan-Montojo⁵, publica un artículo en el que echa de menos esa temática:

No hay literatura del Desastre. ¿Dónde está, si no, la novela de la guerra de Cuba?, ¿dónde el drama colonial, la epopeya de los combates o, tan siquiera, la lírica nostálgica, de las perdidas bellezas caribes?

Sin la erudición que maneja Carlos Serrano, yo mismo he intuido algo semejante. Memorias de familia, de esas que no se borran; el regreso de un abuelo destrozado por la guerra, el hundimiento de un pariente marino, la presencia de un tío mío en las filas de Pancho Villa, mis viajes profesionales por América para ganarme la vida cuando aquí se me negaba el pan y la sal, y mi acogida en la Universidad de Venezuela cuando en la mía no tenía cabida, mi condición de puertorriqueño consorte, todo este panorama hace en fin que, salvando los casos de Valle-Inclán por un lado, y de Maeztu por el opuesto, yo me haya preguntado muchas veces dónde estaba América, la América de historia y habla española, en los escritores del 98. Es posible que me equivoque, pero yo también soy de los que pienso que la presencia de la América hispana en la literatura del 98 no fue la debida y, en todo caso, no se caracterizó por tener en cuenta el pun-

⁵ Juan Pan-Montojo (coordinador): *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Alianza Editorial, Madrid, 1998.

to de vista de los «insurrectos», o sea, de los que luchaban por conseguir su independencia, como antes habíamos hecho nosotros mismos. No hay asomo de comprensión para el otro: no lo hay, desde luego, para los «insurrectos», ni para los «invasores», ni para los «separatistas». Alguien me dirá que ahora tampoco; pero no es cierto. Mal que bien, el pluralismo forma parte del pensamiento actual, y en «el 98», no en la generación así llamada, tampoco faltaron muestras de disenso.

El silencio que acompañó al Desastre lo percibió Unamuno:

Un año después de la desgracia —escribió Don Miguel— apenas se oye llanto. Me decía una tarde el gran poeta portugués Guerra Junqueiro, hablándome de España y del efecto que en ella ha producido su última derrota, que debe estar muerto aquí el espíritu, que no debe de haber verdaderos poetas cuando no ha arrancado esta desgracia a ninguno de ellos algún canto de dolor, de ira, de indignación o de vergüenza, algún llanto poético como el que arrancó a Leopardi la postración de su patria y al mismo Guerra Junqueiro... la sumisión del Gobierno Portugués a las imposiciones de Inglaterra⁶.

En definitiva, en los escritores del 98 se dio una tendencia a quedarse en la condena de los culpables, a obsesionarse con el dolor de los males patrios, a hundirse en la abulia, acaso en la angustia de las cuestiones sin respuesta, o a sublimar la ansiedad por la vía de la lírica del paisaje, de la metafísica de lo español, de la recuperación esmerada del folklore y de las viejas costumbres. Algunos trataron de ennoblecer la pobreza, de utilizar la sobriedad como una forma de modernizar España, pero conservando siempre, eso sí, el derecho a dirigirse al menestral sumiso, con un «joiga, buen hombre!» que marcaba las distancias. Por lo demás, la famosa sobriedad española se disolvió como un azucarillo en cuanto el consumismo traspasó nuestras fronteras. Y lo digo como un punto más de reflexión sobre la capacidad del pensamiento de los escritores del 98 para hacer frente a los problemas de la sociedad contemporánea.

Según la versión estándar del Desastre, tal como la ve Carlos Serrano, los escritores del 98 habrían sido unos hombres preocupados por el «alma» o el «ser» de España: una nación que quisieran cerrada sobre sí misma, pura ajena a las influencias extranjeras sólo atenta a una «misión universal» de la que serían prueba su historia y su cultura. A la postre, lo que latía en las obras de aquel momento era más una especulación en busca de una hipotética esencia, de un alma

⁶ Citado por Carlos Serrano, en el trabajo «Conciencia de la crisis, conciencias en crisis», publicado en *Más se perdió en Cuba*.

de España, que una genuina investigación histórica sobre los fundamentos y el decurso real de la nación. Personalmente, yo no estoy convencido de que pueda despacharse la obra de la generación del 98 calificándola de invento «perturbador y regresivo», como al parecer hizo Ricardo Gullón. Pero sí pienso, en cambio, que una generación es un «relevo biológico de la cultura» y no la perpetuación de una doctrina cuestionable.

El tema está, huelga recordarlo, abierto a la discusión por todos sus flancos. Es obvio, pues, que los puntos que yo he tocado en este ensayo no son otra cosa que ejemplos de la exageración que supondría querer hacer del pensamiento del 98 una base intelectual para afrontar los problemas de nuestro tiempo. Sinceramente, creo que la identidad de España no se salva con el voluntarismo y la inmovilidad del pensamiento, no se salva haciendo del pasado la cifra y clave del futuro. Tradición sí, pero innovación también.

Cabría seguir acumulando ejemplos semejantes a los ofrecidos, pero no me parece necesario. Para no largar innecesariamente esta ponencia, creo preferible añadir a lo ya dicho un par de observaciones sobre dos puntos que tal vez el lector habrá echado de menos. La primera es que el pensamiento de la generación del 98 no representa el pensamiento de la España del 98. La segunda consiste en recordar que, aunque el 98 fue sin duda un drama español, formó parte de la crisis finisecular de Occidente.

Respecto del primer punto, baste recordar la existencia de movimiento como el regeneracionismo, la Institución Libre de Enseñanza o el pensamiento radical, anarquista o socialista, con el que se identificaron en su juventud los propios escritores del 98. En este mismo volumen, el trabajo de Juan Velarde sobre el pensamiento económico de la España finisecular expresa, mucho mejor cuanto que yo pudiera decir, el nivel profesional de los economistas españoles de aquella época. Por otra parte, las ciencias sociales y el pensamiento socialista, para poner dos ejemplos significativos, estaban ya en marcha desde hacía tiempo, y no recibieron un impulso notable, me parece, de la generación del 98. En suma, el *Desastre* no impidió que la repatriación de capitales y la disminución de los gastos de la guerra ayudara a levantar nuestra economía, ni que la repatriación del Ejército devolviera la tranquilidad a muchos hogares españoles y acabara con una pesadilla.

Finalmente, a propósito de la crisis internacional que padeció Occidente al filo de 1900 habría que recordar muchas cosas que, por fortuna, recoge ya la bibliografía reciente sobre el tema. Los intelectuales, en el sentido actual del término, hacen su aparición por esa época: en Francia con el asunto *Dreyfus* y en

España con el 98. Hacia 1900 tienen también lugar acontecimientos como la crisis de la razón, la quiebra de la física clásica, la alteración del equilibrio mundial decimonónico con la entrada en escena del coloso norteamericano, la génesis de las dos Guerras Mundiales y, en última instancia, el fin de la Edad Moderna y la transición hacia una nueva época que, a falta de un nombre indiscutible, muchos se limitan a denominar postmoderna.

En fin, el 98 no podía reducirse a la celebración de un Centenario. No va a ser así porque la conmemoración del *Desastre* ha removido en muchas gentes el fondo de la conciencia nacional, ha promovido investigaciones importantes y, en definitiva, supone una lección provechosa para el futuro que nos aguarda.